

En buenas manos: de padres a hijos

En las siguientes páginas les vamos a presentar a tres profesionales que desempeñan sus trabajos en el Casino desde hace unas cuantas décadas. Les unen varios aspectos. Junto con la incorporación, que se produjo “tiempo atrás”, también les une el “cómo” de sus llegadas.



Todos tienen varias cuestiones en común: Además de desempeñar sus trabajos en el Casino, sus vidas han transcurrido paralelas a la historia de la sede y sus conocimientos sobre la Institución se remontan hasta sus primeros años, mucho antes de entrar a trabajar en ella. La explicación es muy sencilla: todos ellos son hijos de antiguos empleados, de tal manera, que el Casino formaba parte de sus vivencias personales desde la misma cuna.

“Es que antes, era así”, explica Andrés Esteban Mora, encargado de la Sala de Billares, “cuando en el Casino se necesitaba cubrir algún servicio, tanto por jubilaciones o porque se creara uno nuevo, lo habitual era preguntar a los empleados si conocían a familiares o amigos que dieran el perfil del puesto de trabajo que se buscaba”.

Y de la forma más simple, pero también con la responsabilidad que suponía, en todos los ámbitos, “ser el hijo de” para no incurrir en ningún error, al igual que Andrés, con una historia similar llegaron Raúl, que desempeña su trabajo en la Biblioteca y Juan Pedro, camarero del “El Tresillo” y el Billar.

**Andrés Esteban Mora,
Encargado de Billares.**

Nombrar la palabra Billar en el Casino de Madrid es sinónimo de Andrés Esteban. Llegó al Casino hace 35 años, siendo Presidente Muñoz Calero y Antonio Gu-

llón de Secretario. Los primeros meses estuvo ocupando diferentes vacantes pero antes del año, se jubiló la persona que se encargaba de la Sala de billares y desde entonces... hasta hoy. Entró después de haber hecho el Servicio Militar. Él ya tenía un oficio, muy solicitado entonces y que sigue estando muy valorado. “Yo era fontanero. Lo aprendí, como se hacía antes, desde los 14 años, primero de aprendiz, luego oficial, hasta que me hice fontanero profesional”, y eso es algo que casi nadie sabe. Porque para los socios billaristas, Andrés es el *alma mater* de la Sala. Siempre está y además de encargado es también un compañero de juego. “A mi siempre me gustó el billar y me sigue gustando mucho. Cuando yo era chaval, las diversiones que teníamos eran los recreativos, que había casi en cada calle. En los recreativos estaban las mesas de billar, el ping pong y los futbolines. Hay un dicho que todavía se oye con frecuencia. El buen jugador de billar ha tenido que hacer muchos novillos. Sí, Jeje. Yo también hice algunos, ¡claro!”.





Panorámica y detalle de la Sala de Billar del Casino de Madrid.

La Sala de Billar actual cuenta con tres mesas, de las de entonces, de 1910, cuando se inauguró el edificio. Hay fotografías fechadas en 1912 en las que se pueden apreciar. Además de las tres mesas, la sala tiene en la pared de la derecha más de una veintena de tacos, para los socios que vienen de cuando en cuando. En la pared de la izquierda están colocados los tacos de los socios habituales. Los contamos y hay setenta.

A veces vienen estudiantes, a veces señoras, pero, cuando más ambiente hay en la sala, es en los torneos, tanto en el tradicional como en el de tres bandas, ambos anuales. Aunque hay compañerismo y muy buen ambiente, “a nadie le gusta perder” y eso fomenta la competitividad. En los torneos, Andrés es el árbitro. Toma nota de los tantos y resuelve en caso de duda. Es la fiesta del billar. En esos días se nota más movimiento. Los ánimos están caldeados y es cuando surgen más frases ocurrentes. Ya es tradicional que cada año se acuña una, que se repite en todo el torneo. El día más significativo de la temporada es cuando se entregan los trofeos y la guinda la pone la cena en el Recoletos a la que todos asisten, en perfecta armonía.

Cada persona encuentra en el billar una particular forma de diversión. La práctica de este deporte aporta un rato de asueto. “Ratos muy buenos”. Requiere concentración y eso hace que desaparezcan todas las preocupaciones. “Es lo que normalmente busca todo el mundo”. Les pasaba a los estudiantes que venían a la biblioteca. Después de muchas horas de estudio, quedaban a última, para hacer unas carambolas y desconectar. Les pasa a los billaristas actuales. Cada cual llega con sus cosas pero a los pocos minutos, el juego hace que todo quede fuera y sobre el tapete verde ruedan las bolas para conseguir la mejor jugada. Las bolas que antaño eran de marfil ahora son de pasta. Salvo eso, no ha cambiado nada”. Sigue siendo un deporte de precisión que se

practica impulsando con el taco un número variable de bolas, en una mesa con tablero de pizarra forrada de paño.

En el Casino se juega al billar clásico, el llamado francés o de carambola, con dos bolas blancas y una roja, o bien una blanca, una amarilla y una roja, que es nuestro caso, en mesas sin troneras (los huecos que sí hay por ejemplo en billar americano).

Andrés cuenta que en el Casino el nivel es alto. “Cuando se alcanza un determinado nivel es importante jugar con personas que te superen, para aprender y avanzar. De no ser así, uno se estanca y no progresa”. En cuanto a consejos, “son muchos años de experiencia” aunque no por ello ha ido nunca de “sobrao”. “He iniciado a muchos socios, y a varias socias también. Es importante conocer las reglas y después practicar y practicar. Y mejor si es contra alguien que sepa más. Es muy bonito y engancha. A muchos les ha pasado. Otros han aprendido y lo han dejado. Aunque muchos siguen. Yo puedo enseñarles hasta donde yo llego. Después... ya no”, dice con su natural timidez y humildad. Diga lo que diga, los socios saben que con él en la sala, están en buenas manos.

Raúl González García, Auxiliar de Biblioteca

Una de las primeras imágenes del Casino que Raúl guarda en su memoria es “el Patio lleno de tertulias. En cada esquina había una mesa y diez o doce personas alrededor, charlando animadamente. Recuerdo una de médicos y otra de militares”. Su padre era tallista, pero además trabajaba como camarero en el Patio. En casa esculpía piezas de madera para anticuarios, espejos con filigranas, bustos, ángeles, lo que le encargaban. Había estudiado en la Escuela de Tallistas de Granada y entre sus trabajos estaba la restauración de la catedral de Sigüenza. “La primera televisión que tuvimos

En el pasado, cuando en el Casino se necesitaba cubrir algún servicio, lo habitual era preguntar a los empleados si conocían a familiares o amigos que dieran el perfil del puesto de trabajo que se buscaba.

A SU SERVICIO

Nuestra Sociedad

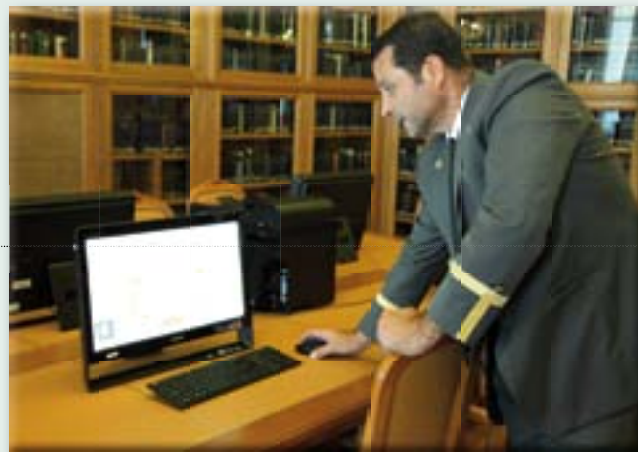
En buenas manos...

en casa la fabricó él. Aprendió con un curso por correspondencia y él hacía los motores eléctricos, las bobinas, válvulas, los circuitos impresos. La parte artística no la heredé pero sí el ser manitas”.

Raúl llegó al Casino por casualidad, “porque en principio era mi hermano el que iba a entrar. Los dos teníamos trabajo pero él estaba contento en el suyo y a mi el mío no me gustaba mucho, así que me vine yo. Era Presidente Manuel Hidalgo Huerta y Secretario Luís Martínez de la Vega, que luego fue también Presidente.

“El edificio por las noches impresionaba mucho. Era como si tuviera vida propia. La madera emitía unos crujidos que hacían pensar que había gente pisando”. En relación a fantasmas, Raúl responde categórico: “yo en eso no creo, pero podía entrar alguien, cosa que tampoco era tan extraña, o se podía haber quedado alguien. Íbamos con linternas. Teníamos que apagar todas las luces y revisar que no hubiera algún despistado. Los ruidos y la oscuridad eran impactantes”. Raúl además, en aquella época tenía un

Arriba, Raúl González, auxiliar de biblioteca.



compañero sordo. “A veces era como estar solo, o peor, porque aparecía cuando menos lo esperabas y ¡te daba unos sustos!”

Raúl pasó por varios puestos pero desde hace trece años, está en la Biblioteca. Tiene muchos cometidos. Entre ellos está el mantener actualizado el fichero manual, donde las entradas se hacen por autor. “Hay mucha gente que sigue prefiriendo la búsqueda manual. Conociendo el autor, es la más rápida. En el ordenador aparecen muchos más datos, es más completa pero claro, no tiene el encanto del papel. Los ficheros son una maravilla, hay fichas que son verdaderas joyas y lo seguimos alimentando para que no se desfase. Así conservamos las dos opciones”.

También hay que preparar, ordenar y clasificar ejemplares para el encuadernador. “Tenemos la colección de ABC completa. Bueno, puede faltar algún día del año 36, por la Guerra, pero está igual que la de ABC”.

Y por supuesto, el préstamo de libros. “Hay de todo. Socios que vienen a buscar obras concretas de los años cuarenta, obras actuales, o una temática determinada para trabajos de investigación”.

Pero, últimamente, el trabajo estrella de Raúl es la orientación en temas informáticos. “Desde que tenemos wifi, vienen muchos más estudiantes y empresarios jóvenes. Piden libros de consulta o algunas revistas para los descansos. Suelen traer su portátil o su tableta, se conectan y hacen sus trabajos y sus cosas. Pero en el caso de los de más edad, con los ordenadores tienen algunas dificultades y si me lo dicen pues les explico”.



A la izquierda, Sala de Lectura.
Abajo, Juan Pedro Alonso, camarero de
Tresillo y Billares.

Juan Pedro Alonso Gila, Camarero de Tresillo y Billares

En el caso de Juan Pedro, su contacto profesional con el Casino se estableció cuando era apenas un adolescente. “Era Presidente Manuel Hidalgo Huertas. Yo tenía 16 ó 17 años y ya venía a hacer extras, cuando había eventos especiales”. Su padre era primer Maître en el Casino y además un tío de su padre, -que fue el que recomendó a su padre-, también fue empleado. Juan Pedro es, por tanto, ¡la tercera generación que desempeña su trabajo en el Casino! Aunque nació en Madrid, su familia era originaria de Segovia.

Yo entré porque eché una solicitud. Tuve otros trabajos, hice el Servicio Militar, trabajé en otros sitios y un año después de presentar la solicitud hubo una vacante y me llamaron para atender el comedor de Socios. Por entonces estaba en el Salón Puerta del Sol y pocos meses después empezaron las obras, así que en el Puerta del Sol estuve unos seis meses. Como las obras duraron un año y pico largo, nos fueron reubicando, aquí y allí, en función de las necesidades que iban surgiendo”.

Se quedó una vacante en el Tresillo y desde entonces él ha seguido al Tresillo allí donde se ido mudando. “El Tresillo lo conocí arriba, en los salones privados que están al lado del Salón Real. Luego pasó a los actuales billares, que fue cuando yo me incorporé, y por último, donde está ahora”. El nombre viene de un juego que antes era muy popular, “pero que yo no recuerdo que se jugara ya. Creo que es muy complicado y yo nunca vi a nadie que lo jugara”.

Una de las primeras imágenes y que más impactaron a Juan Pedro cuando llegó al Casino, fue precisamente “un nítido recuerdo del Tresillo de su primera época, cuando estaba en los privados. Nítido por decir algo porque estaban llenos de humo, hasta arriba. De hecho, había un

cigarrero, una persona sólo para vender tabaco en las salas; y tres camareros para atender, aunque según me dijeron, llegó a haber cuatro camareros y un encargado. Me acuerdo perfectamente que en la sala, a mano derecha, contra la pared, estaba el mueble del tabaco. Los salones tenían mucho ambiente, muchas mesas y muchos señores jugando. Tengo ese recuerdo”.

En cuestión de juegos, los gustos han cambiado mucho. Por ejemplo, a día de hoy, “el póquer nada de nada, cuando antes era uno de los que tenían más aceptación”. En el Tresillo ahora se reúnen con cierta periodicidad grupos de amigos, y también de señoras, para pasar un rato entretenido y agradable. Juegan al dominó, a la canasta, al bridge y sobre todo al mus.

En las dos pequeñas, pero acogedoras, salas que componen el Tresillo hay seis mesas, cuatro son de mus y de todo tipo de juegos de cartas y dos de dominó cuya característica principal es que no están enteladas y en su lugar tienen mármol, e incrustados en la madera circundante unos ficheros de bronce, que en algún tiempo, tal y como explica Juan Pedro, se llegaron a usar de ceniceros.

Los gustos, en cuanto a las consumiciones, también han cambiado y mucho. Atrás quedó la famosa copa de coñac, fina, grande, con el ambarino líquido, imprescindible en la estampa de antaño, -junto con el café y el puro-. Son otros tiempos. Las preferencias cambian pero Juan Pedro sigue siendo el mismo afable camarero, dispuesto a satisfacer cualquier petición y facilitar “que todo el mundo se encuentre a gusto”.



**Andrés, Raúl
y Juan Pedro,
tienen en común,
además de su
servicio al Casino,
el ser hijos de
empleados de
antaño.**